

Ernes
Carlos García Centeno
Ediciones Burundongo.com
Editado por
Burundongo.com
© 2008 – Copyright www.Burundongo.com
Todos los Derechos Reservados

ERNES

Hace mucho tiempo en unas tierras muy lejanas y desconocidas, a las cuales solo se podía acceder a través de unas determinadas chimeneas mágicas, y no todos podían entrar en ellas porque algunos no cabían, vivía un anciano de enormes gafas y pelo blanco, de piel arrugada y nariz grande como una patata, ese era Ernes. No solía salir mucho de su cabaña de madera, ya que siempre estaba atareado en su trabajo, que para él, era muy importante. Y os preguntareis, ¿de que trabajaba?, pues... Ernes era fabricante de relojes, pero no eran relojes cualquiera, no, eran hermosos relojes de cuco de madera. Las paredes de su cabaña estaban repletas de relojes colgados, de diversas formas, cuadrados, círculos, en forma de árbol, de botella, casitas, farolas, pelotas,

Carlos García Centeno
Burundongo.com

piruletas, vamos, un sin fin de formas peculiares. Todos ellos cuando tocaba la hora en punto, comenzaban a sonar con diferentes timbres como los tan conocidos ding, dong, dung, bum, bim, ring, claro, Ernes estaba un poco sordo y el sonido no le molestaba.

Un día, en nuestro mundo, un niña de no más de diez años llamada Selene, tuvo que ir a pasar las vacaciones de verano con su tía Josefina que vivía en una casita de campo, ya que sus padres tenían que trabajar. Le prepararon las maletas, y en un fin de semana la llevaron a casa de su tía cruzando medio país.

-Selene ayuda a tu tía y no le des mucho trabajo, ¿vale? –dijo la madre de Selene.

-Si mama, me portare bien.

-Disfruta de tus vacaciones hija, que este año te las has ganado –dijo su padre mientras le daba un beso de despedida.

-Aquí me lo pasare muy bien, además en el pueblo tengo muchos amigos.

Se despidieron sus padres y volvieron a la ciudad.

Los días pasaban aburridos para Selene ayudando a su tía Josefina en las tareas del hogar, no tenía amigos en el pueblo como le había dicho a sus padres, ya que era muy tímida y le daba vergüenza salir de la casa. Prefería corretear, saltar, y jugar sola en el bosque pegado a la casita de campo y cuando llegaba la noche, leerse un buen libro junto al fuego de la chimenea.

Una mañana Josefina se disponía a marchar al pueblo a comprar comida.

-Selene –dijo Josefina- ¿vienes conmigo al pueblo a comprar?

-No, tía –contestó Selene- prefiero quedarme en casa.

-Deberías bajar al pueblo a hacer amigos, pero como quieras.

Josefina cerró la puerta y marchó en busca de comida y Selene sola se quedó.

Al rato de irse su tía, Selene decidió parar un rato de las tareas del hogar, que aun siendo muy pequeña ponía en ellas mucho empeño, sentándose en una mecedora y así descansar un rato. Al mirar al hueco de la chimenea vio como una luz blanquecina bajaba por este, se acercó extrañada sin saber que era aquello e introdujo la cabeza por el hueco. Un rayo de luz provenía del final del hueco de la chimenea. Casi no le dio tiempo ni a observarlo, ya que al instante este rayo la había absorbido.

Aturdida apareció en un mundo muy distinto, donde el césped de las praderas era de color rojo, con pequeños montículos como las jorobas de un camello. Selene no salía de su asombro <<¿dónde estoy? >>, se dijo. Comenzó andar por aquel multicolor mundo en busca de alguien. Cansada ya de andar se sentó, y nada más sentarse, al mirar al frente, pudo ver encima de una pequeña colina una casita de madera, se levantó y corrió hasta ella con la esperanza de encontrar a alguien para que le contestara donde estaba.

Se acercó a la puerta y la golpeó tres veces.

-¿Hay alguien?, ¡por favor necesito ayuda! –dijo Selene mientras golpeaba la puerta.

En ese instante oyó, como se arrastraba una silla al levantarse una persona.

-¿Quién es? –dijo el anciano fabricante de relojes de cuco Ernes.

-Soy Selene, me he perdido y quiero volver a mi casa.

Ernes abrió la puerta chirriante y vio frente a él a una niña menuda, de pelo rojo, de piel palida y ojos grisacios enrojecidos de haber llorado. Inmediatamente se dio cuenta que aquella niña no era de su mundo.

-Pasa y me cuentas que te ha pasado –le dijo el anciano.

-Muchas gracias señor, mi nombre es Selene

-Encantado Selene, yo soy Ernes.

Selene cuando entró sus ojos se abrieron como platos al ver todos aquellos relojes de pared tan bonitos.

-¿Los ha hecho usted? –preguntó Selene.

-Sí, noche y día trabajo en ellos.

-¡Que pasada! –exclamó Selene

Selene se acercó a uno con forma de piruleta, y lo descolgó de la pared para verlo.

-Ten cuidado, son muy valiosos.

-No te preocupes Ernes, tendré cuidado.

Fue decirlo y se le cayó de las manos rompiéndose en cuatro pedazos al caer al suelo.

-¡No! –exclamo Ernes.

-Lo siento mucho, te lo pagare.

-El dinero no me sirve

-Dime pues como te lo puedo compensar.

-Tendrás que hacer uno con tus propias manos.

-¡Pero yo no sé hacer relojes de pared! –dijo preocupada Selene.

-Pues tendrás que aprender Selene –dijo el anciano-, tienes todo el tiempo del mundo.

-Yo solo quiero volver a mi casa –lloró Selene.

- Te devolveré a tu hogar, y allí realizadas mi reloj, cuando lo tengas vuelves.

-Me parece bien.

Ernes le dijo que mirara por el hueco de la chimenea de su casa, y antes de que se diera cuenta ya había aparecido de nuevo en la casa de su tía. Lo primero que pensó Selene fue mirar en su monedero para coger sus ahorros y comprar un reloj, pero debía de esperar a que llegara Josefina antes de bajar al pueblo. Miro la hora y marcaban las 12:30 h, no había pasado nada de tiempo desde que la chimenea se la engullo. Espero y espero y en el reloj no avanzaban las horas y el sol seguía brillando con la misma intensidad. Aquello le pareció muy extraño así que decidió marchar al pueblo en busca de su tía y comprar el reloj. Cuando llegó Selene no salía de su asombro, todo la gente estaba completamente inmóvil, el tiempo se había parado, entonces se dio cuenta que aquello era a causa de haber roto el reloj de Ernes. Entró rápidamente a una tienda, cogió un reloj, dejó las monedas encima del mostrador y marchó corriendo a la chimenea para entregárselo a Ernes con la esperanza de engañarlo ya que no lo había hecho ella.

Llamo tres veces a la puerta y Ernes le abrió.

-Ya estas aquí Selene, que rápida.

-Si Ernes, toma aquí tienes el reloj –dijo sonriendo Selene.

-Espera aquí, que lo voy a colgar.

Cuando Ernes colgó el reloj en la pared, vio que ninguno de los relojes se ponía en marcha, lo descolgó y se lo volvió a entregar a Selene.

-Este reloj no me vale, no lo has hecho tú, de haber sido así los relojes hubieran funcionado.

Selene avergonzada agachó la mirada, y volvió a introducirse por la chimenea para volver a su mundo. Cuando llegó a casa de su tía lloró y lloró, y el tiempo no paso. Sabía que si no conseguía realizar el reloj el tiempo nunca volvería a ponerse en marcha, así que decidió ponerse manos a la obra. Bajó al pueblo y fue directamente a la biblioteca para coger libros que explicaran como fabricar un reloj y que materiales necesitaría. Como le dijo Ernes tenía todo el tiempo del mundo.

Se sentó en la sombra de un árbol y se puso a leer y a tomar apuntes. Cuando ya supo cómo hacerlo, fue corriendo a la ferretería a coger los materiales y herramientas que le decía el libro, para después sentarse en la plaza del pueblo y construirlo.

Si el tiempo hubiera estado en marcha, dos meses le hubiera costado, pero al estar parado ni un segundo había pasado cuando lo dio por terminado. Cuando lo acabó saltó de alegría, aun sin saber si funcionaria, pero consiguió acabar algo, que nunca se había imaginado que conseguiría.

Fue corriendo con su reloj feliz y contenta a la chimenea para llevarle el reloj a Ernes. Cuando estuvo frente a la casita de madera, volvió a golpear tres veces la puerta.

-Ernes ya he acabado el reloj –dijo Selene para que le abriera la puerta.

Al poco rato la puerta se abrió, apareciendo tras ella el viejo de Ernes.

-Um, veo que ya has acabado el reloj, pasa, lo colgaremos y esperemos que esta vez funcione. Selene estaba nerviosa, le había quedado muy bonito pero no sabía si funcionaria. Ernes lo colgó en el mismo lugar del reloj roto, y ¡guala!, todos los relojes comenzaron a funcionar.

-Este sí que funciona Selene –dijo el anciano acariciando la cabeza de la niña.

-¡Bien!, ahora el tiempo volverá a pasar y todo volverá a la normalidad ¿verdad?

-Si Selene.

-¿Y por que el primer reloj no funciono?, ya sé que me dijiste que lo tenía que hacer yo, ¿pero porque?.

-Por que hay cosas que no se pueden sustituir con el dinero ni comprarlas, tenía que salir de ti.

Selene volvió con su tia y aprendió la lección de que hay cosas que tienen un valor que no se puede pagar con dinero.

Fin